



[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

Título original: LEYENDAS DOMINICANAS

© De la selección: 2019, Andrés Blanco Díaz

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-952-9

Impreso por: Serigraf, S. A.

Impreso en República Dominicana

Primera edición: mayo de 2020

Directora Editorial: Claudia Llibre

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Edición: Andrés Blanco Díaz

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Ilustración de cubierta: Guillermo Perez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

# Leyendas dominicanas

Antología

Selección de **Andrés Blanco Díaz**

loqueleg



# Índice

<b>Federico Llinás Andreu</b>	
Alinoe	9
<b>Miguel Ángel Monclús</b>	
Leyenda aborigen	33
<b>José Ramón López</b>	
Leyenda indígena	49
<b>Apolinar Tejera y Penson</b>	
La bella Catalina	57
<b>Ricardo V. Sánchez Lustrino</b>	
La ciguapa	85
<b>Jesús de Galíndez</b>	
El Baoruco	97
<b>Joaquín M. Bobea</b>	
Leyenda patria	119
<b>Sócrates Nolasco</b>	
Ángel Liberata	125
...Que Antonio Blas perdió el alma	147
<b>Vetilio Alfau Durán</b>	
El Mago de Cerro Gordo	159



**Federico Llinás  
Andreu**

*Alineo*

**Federico Llinás Andreu** nació en Manzanares, Ciudad Real (España). Fueron sus padres Trinidad Llinás Valencia y Mariana Andreu.

Arribó a Santo Domingo en 1860 como instructor militar e integrante de la avanzada que se encargaría de preparar la Anexión de la República Dominicana a España.

8 Después de terminada la Guerra Restauradora se quedó en el país. Formó familia con Guadalupe Santamaría Llubes, con quien procreó ocho hijos.

Fue el fundador de los colegios El Estudio y El Salvador, en Santo Domingo. En 1884 estableció en Santiago de los Caballeros otro colegio El Salvador y editó los periódicos *El Progreso* y *La Emulación*. En 1886 se mudó a Puerto Plata, donde dirigió el colegio San Felipe. En 1891 regresó a Santiago.

Fue procurador de Samaná, profesor de gramática, teneduría de libros, literatura y matemáticas; además de agrimensor público.

Su bibliografía incluye: *Elementos de Gramática de la Lengua Castellana*, *Elementos de Geografía Universal*, *Elementos de Geografía* y *Terrenos comuneros*.

Falleció en Puerto Plata el 18 de agosto de 1901.



# Alinoe<sup>1</sup>

Leyenda histórica del siglo XV

## I

¿Habéis presenciado alguna vez esas horribles tormentas, que tan poéticas son en medio de sus horrores? ¿Habéis visto a la naturaleza, conmovirse temerosa, y a las palmeras inclinarse a impulso del huracán? ¿Quién es la criatura que al sentir el tableteo del trueno sobre su cabeza no se inclina ante el Eterno demandando su piedad?... Un hombre, sin embargo, se halla en el fuerte de Navidad,<sup>2</sup> que no teme a nadie y que solo se acuerda de su ambición desmedida, y de los placeres que puede disfrutar. No se acuerda de su patria, ni tiene

1. La leyenda «Alinoe», debe este título a la recordación de Alinoe Llinás Santamaría, una hija del autor fallecida en 1884.

2. Llámase así una pequeña fortaleza que con algunos hombres dejó Cristóbal Colón en la costa norte de la Isla al regresar a la Península.

deseos de volver a ella, no, en su orgullo le parece mezquino un título de hidalgo que le concedió Isabel I, allí tendrá poca independencia, y no podrá faltar a la sociedad, porque esta misma sociedad le castigaría; no se acordaba de Dios al escuchar la rugiente tempestad; este santo nombre no puede mezclarse con pensamientos tan mezquinos.

Asomado a una ventana que daba al mar, sentía que la lluvia le azotaba sus abrasadas mejillas; sus negros cabellos flotaban a merced del viento, mostrando su ancha frente cubierta de mortal palidez.

¡Ah!, exclamaba, dejando escapar una especie de rugido, que contraía sus labios; apenas cubiertos con el bozo de la pubertad, ¡ah! Diego de Arana, el Almirante te dejó por nuestro alcaide creyendo que estaría sumiso a ti, ningún mal me has hecho, pero no quiero obedecerte; estoy en un país en que seré omnipotente y dominaré a estas sencillas gentes, gozaré... y para mí todos serán placeres; tu vida me estorba, el Almirante no volverá y... ¿qué importa un crimen?...

Al ver a este joven que apenas tendría veinte y un años se creería que era el ángel maldito al enorgullecerse contra Dios.

La tempestad calmó, el horizonte recobró ese inimitable azul del cielo tropical, y la tierra despedía un olor acre embalsamado con el perfume de mil flores, las tiernasavecillas salían de sus nidos saludando al Creador, con esa voz tierna e inimitable de que fueron dotadas, y nuestro joven seguía apoyado en el alféizar de la ventana; acaso su corazón no estaría enteramente corrompido... ¡era tan joven!...

Pero de repente se retira, arregla sus desordenados cabellos y reviste su rostro de hipócrita sonrisa; una pequeña campana le anunció que tenía que ir con Diego de Arana a su acostumbrado paseo por la costa: horribles debían ser sus intenciones, tenía veinte años y podía fingir.

## II

Cuatro días habían pasado, y la bonita costa en que estuvo edificada la pequeña fortaleza no era la misma, solo se veían fragmentos de tablas, armas rotas y algunos cadáveres insepultos, grandes manchas rojas que había en el suelo decían bien claro que allí tuvo lugar una sangrienta lucha; ramas tronchadas, flores marchitas, holladas por la

planta del hombre;... esto quedaba del bonito vergel en que cifraba su orgullo Diego de Arana.

Para que nuestros lectores puedan explicarse el motivo de esta transformación, nos anticiparemos a narrarles los acontecimientos sucedidos.

El día 4 de octubre de 1493, después de una furiosa tempestad, sucedió una tarde deliciosa, una de esas tardes en que el hombre respira con ansia el ambiente que le rodea, sin que le dañen los rayos del sol, el alcaide de la Navidad, según su costumbre acompañado de Rodrigo de Escobedo, joven a quien quería en extremo; pariente de un digno sacerdote y muy apreciado del Almirante, fue entregado al anciano castellano para que estuviera en su compañía, su buena instrucción y gran talento le conquistaron su afecto; solo sentía el buen viejo que su joven amigo le demostraba poco cariño, conocía que era ambicioso, pero a fuerza de consejos, decía, él será todo un hombre, tiene tan buen corazón...

Según su costumbre se dirigieron al Este a buscar una pequeña colina en que se sentaban habitualmente para hablar de su madre patria, en el camino fueron saludados por los indígenas que

corrían a abrazarles presurosos en cuanto los veían, tal era su cariño a los cristianos.

Al caer la tarde viene Rodrigo al Castillo, se mesa los cabellos y hace saber a los que habían quedado que los indios habían despedazado a Diego de Arana, sin que él pudiese defenderlo, juran todos venganza, y al amanecer del día siguiente arremeten a los indefensos salvajes, sin respetar edad ni sexo, esparcen la muerte y desolación por todas partes, hasta que los indios, viéndose maltratados, acuden a reunirse, toman sus azagayas y los cristianos, fatigados por el número, sucumben en la liza y huyen al interior de las selvas.

Por la noche, al resplandor de la luna, se ve un hombre pálido, que caballero en un potro cordobés se pasea por el campo de la lucha; parece que una fuerza magnética le detiene en aquel horrible sitio, sus negros ojos brillan como carbunclos y están rodeados de un cerco amoratado; a los pocos momentos solo se escucha el galope de un caballo, que se pierde de vista en la espesura de los bosques.

### III

En el hermoso valle que forma el río Salado al mezclar sus aguas con el Tapión (no lejos de la actual ciudad de San Lorenzo de Guayubín), se veía, en el tiempo a que nos referimos, una rústica estancia, rodeada de un pequeño jardín, en que se hallaban las más preciosas flores y plantas, tanto de recreo como medicinales. Sabiendo el buen uso que hacían los indios de la botánica, se conocerá que las sencillas gentes que ocupaban este paraje no necesitaban separarse de su albergue para disfrutar la felicidad patriarcal, y sin zozobras, que tiene el hombre de la naturaleza.

Aunque hacia esta morada se veía un cobertizo formado de hojas de palmera, que daba entrada a las habitaciones interiores, y en él dos personas que sin duda eran los dueños de la estancia; pertenecía a diferente sexo, y no cabe duda que unidos por medio del matrimonio, vivían felices, hacía bastante tiempo; el indio de buena estatura y robustez, representaba unos sesenta años, y recostado en su hamaca, dirigía la palabra a su mujer, que le escuchaba atenta fijando en él sus ojos, que

conservaban el brillo propio de los de su raza, a pesar de tener casi la edad de su esposo.

Muy preocupado les tenía la conversación, a juzgar por sus repetidas exclamaciones y signos admirativos; dirigían sus miradas al interior de la estancia, de vez en cuando, y procuraban hablar más bajo, hasta que poco a poco iban animándose y prorrumpián en las mismas exclamaciones.

—No acabo de comprender, esposa mía, esta aventura, quién es este hombre, tan diferente a nosotros, que parece venido del cielo. No lo sé, ni puedo entender lo que dice, su voz es parecida al sonido del más melodioso de nuestros instrumentos, y eso que solo la oí una vez, en aquella mañana tan lluviosa en que lo recogí medio muerto, y aunque no comprendía sus voces, siempre me acordaré que dijo: ¡Compadecedme, Dios mío... piedad... estoy malditoooo!... ¿qué querrían decir aquellas palabras? No lo sé, solo me acuerdo que lloré como un chiquillo... y todavía lloro al referirlo.

Efectivamente, gruesas lágrimas se desprendían de las pupilas del venerable anciano, que excitaron las de su esposa que quería consolarle, y así hubieran estado largo tiempo, si no se hubiera abierto

la puerta del aposento para dar salida a una joven, mejor dicho a una niña que con los ojos extremadamente abiertos y un temblor convulsivo, gritó:

—Padres míos... ha hablado,... yo quiero salvarle o morir con él...; ¿queréis saber qué ha dicho?... no... sí... os lo diré; pero no lo entenderéis... dijo... Rodrigo... cristiano... y yo sé lo que es... es su nombre...

Y la niña, al decir esas palabras, sufría mucho, sentía en su pecho salvar la vida a mi Rodrigo (y la pobre niña se sentía satisfecha de sí misma al pronunciar este nombre), hazlo, hazlo pronto, sálvale y te adoraré...

Y la joven se expresaba con ese calor y esa energía propia de su naturaleza salvaje; ignoraba el fingimiento, y su padre era toda su pasión; escrita con caracteres de fuego en su noble corazón.

—Alineo, hija de mi alma, serénate y no martirices a tus padres; te confiamos el cuidado del enfermo, y tú has ido más allá,... tú le amas... pero ¿te amará él a ti?...

—Ya lo creo, tú me amas, mi madre me ama, nuestros vecinos me llaman la virgen de las selvas, y tú me has dicho cien veces que no se me puede aborrecer, ¿no es así?



El calor con que fueron pronunciadas las anteriores palabras revelaba su fe en sí misma, y tenía razón, ¿quién deja de adorar a los ángeles, quién podría aborrecer a criatura tan divina?

La madre de la joven sentía la pasión de su hija, conocía que su corazón no le pertenecía por completo, así es que se arrojó en sus brazos sollozando.

—Hija mía, dijo, ya no me pertenece tu corazón, ese hombre me lo ha robado, Alinoe, hija mía, ya no quieres a tu madre...

—Sí, madre mía, sí te quiero a ti, quiero a mi padre y le quiero a él, pero sin él no podría vivir, ¡es tan hermoso!

Ya conocéis, caros lectores, a Alinoe, a esa virgen tan apasionada, a esa niña de sentimientos tan angelicales, ¿por qué habrá conocido a Rodrigo? ¿Será esto su desgracia? No, era un ángel y los ángeles no sufren porque no tienen faltas que expiar.

#### IV

Sería dudar de la penetración de nuestros lectores decirles que el enfermo de la estancia era Rodrigo de Escobedo, el mismo que a caballo vimos

de noche sobre el campo de Navidad. Corrió frenético hacia las selvas y deseaba la muerte porque había cometido un crimen, un crimen horrible, había dado muerte a su generoso progenitor y con la falsa noticia que difundió había ocasionado una sangrienta lucha, y causado la muerte a sus hermanos; la voz de la conciencia le gritaba, desgarraba los ijares de su caballo, que atravesando inmensas sabanas corría sin rumbo fijo; el noble bruto bañado de sudor y arrojando espuma corría, volaba desbocado y acabó por arrojar al jinete que magullado por el golpe y poseído de una violenta fiebre, hubiera muerto irremisiblemente a no haber pasado por ahí el padre de Alineo, que lo recogió casi expirante y lo condujo a su morada.

Esta honrada familia se esmeró tanto en el cuidado del enfermo que logró apartar de la muerte que cernía alas sobre su cabeza; Alineo velaba continuamente a la cabecera de la cama, y contemplando la hermosa figura del joven se había enamorado locamente de él.

Ya le hemos visto al recobrar el uso de la palabra, su fuerte acceso había pasado, pero la mano del Altísimo le había herido y estaba escrito que

había de morir, tenía todo su conocimiento, paseaba por el campo apoyado en el brazo de Alinoe, pero su pecho estaba despedazándose, una tisis violenta le consumía.

## V

Habían pasado algunos meses. En una de esas tardes del mes de octubre, tan hermosa, y que tanto dicen a la imaginación, poco antes de ponerse el sol, se encontraban nuestros dos jóvenes sentados al pie de una vetusta palmera, resguardándose de los últimos rayos del sol que se ocultaba. El hermoso rostro de Alinoe estaba más bello que nunca, y sus grandes ojos fijos constantemente en los de su amante estaban humedecidos por algunas lágrimas.

Rodrigo la contemplaba silencioso, su pálido rostro se contraía algunas veces y un temblor convulsivo agitaba sus miembros; diríase que al mirar a la joven tenía fija su imaginación en otra parte, y era así, su crimen se presentaba a su vista con los más negros colores, y estaba tan distraído que la joven tuvo que llamarle varias veces la atención para que contemplase el magnífico

espectáculo que se presentaba a su vista, pero él permanecía inmóvil.

—Eso no es bueno, Rodrigo, —exclamó la tierna virgen vertiendo un torrente de lágrimas— ¿qué te he hecho para que me trates así? ¿A qué he de achacar tus desprecios? Pero no, ángel mío, mi hermoso caballero, tú no puedes ser ingrato con la pobre Alinoe que no necesita para ser feliz sino ver la sonrisa en tus labios.

—Perdona, hermosa niña, estaba distraído —exclamó con sorda voz—, dispénsame que me abisme en mis pensamientos, pero no me interrumpas, o más bien, déjame, márchate de mi lado y abandona a una criatura que solo debe huir de las gentes... vete —exclamó con exaltación.

La joven, al escuchar estas palabras, inclinó su linda cabeza sobre el seno y prorrumpió en amargo llanto, nunca había visto a Rodrigo expresarse con tanta dureza, pero creyendo que le habría ofendido sin saberlo en alguna cosa, enjugó su llanto y arrastrándose sobre las rodillas se acercó a su amante.

—Rodrigo —le dijo—, no soy buena: porque para incomodarte conmigo del modo que lo haces,

te habré ofendido, pero te aseguro que es sin saberlo yo; soy una pobre salvaje que, a no ser por ti, viviría como una fiera sin conocer siquiera que existía; tú me has hablado de un dios a quien adoro y al que digo todo lo que hago, sin ti no hubiera conocido a nuestra mamá María, a quien veo entre sueños rodeada de niños con alas de paloma, y sin, en fin, no hubiera sabido hablar otro idioma que el de mis padres; así es que sería mala si te hiciese incomodar, y aunque no sé en qué he faltado, vengo a ti y te pido que me perdones.

Había tal candor en las palabras de la virgen que Rodrigo se sintió trastornado; su voz causó en sus oídos el efecto de uno de los celestiales cánticos que entonan los querubines, y se sintió aliviado; las terribles imágenes desaparecieron un momento de su mente y vio en su lugar a Ali-noe, bañada de lágrimas, contempló a la celestial criatura y su corazón, que ya hacía algún tiempo estaba inclinado hacia la doncella, sintió nacer un sentimiento más vivo, y lleno de pureza, un inefable consuelo sustituyó a sus constantes remordimientos y al ver a la joven que aún permanecía a sus pies, le tendió sus brazos diciendo:

—Levántate, ángel de pureza y de virtud, álzate y perdona a un hombre que ha martirizado bárbaramente tu sencillo corazón, he podido ser bastante cruel para verte llorar sin conmoverme; pero mira, yo no tenía la culpa, no sabía lo que hacía, mas ya me encuentro otro hombre, no me atormentan las visiones de otras veces... Dios mío, si os habéis apiadado de mí... Alinoe, tu amor me ha salvado... —dijo, y estrechó a la joven en sus temblorosos brazos.

—Déjame, Rodrigo, —exclamó la joven desasiéndose— déjame y escucha: ya sabes que yo velé constantemente durante tu enfermedad, a tu lado, vi tus delirios y conocí que alguna pena grande te atormentaba; mejora tu salud y... aunque nada me habías dicho, te veía sufrir, tú no has dormido desde que recobraste el conocimiento, no me lo niegues; muchas veces he mirado por la puerta durante la noche y te he visto pasear por el aposento, y... a veces corrías, y temblabas como si alguien te siguiese para matarte... ¿qué era esto, vida mía? Dímelo, ábreme tu corazón...

—No, no; perdona que no te diga nada porque te atormentaría escuchar mis palabras y huirías

de mi lado, me maldecirías y entonces... ¿qué sería de mi existencia?

—Nunca huiría de tu lado, no, tu mente acalorada te ha hecho creer que no te querría sin conocerte, que sin ti no podría existir, alégrate, mira a tu Alinoe y dime si alguna mujer te podrá adorar como yo te adoro... pero qué tienes, te pones pálido... estás enfermo... ¡ah!

La joven exhaló un agudo grito, un vómito de sangre de Rodrigo había manchado sus vestidos, estaba sinsentido tendido sobre la yerba y cubierto de mortal palidez; arrojarse sobre su amante, cubrirle de besos, y viendo que respiraba aún, correr dando gritos como una loca a la morada de sus padres, todo fue obra de un instante, sus pequeños pies apenas tocaban al suelo, corría con una ligereza de que no se hubiera creído capaz, hasta que llegó a la estancia y cayó desmayada sin articular palabra en brazos de su madre.

El anciano indio, al ver la situación de su hija y que Rodrigo no regresaba con ella, presintió lo que había sucedido, salió al campo, y después de varios rodeos encontró al moribundo, tendido sobre el verde musgo. A pesar de sus años, le cargó sobre

sus espaldas, le condujo a la estancia y le depositó en el lecho de que no había de levantarse ya...

\* \* \*

Dos días después estaba Alinoe al lado del lecho del doncel agonizante, escuchando sus últimas palabras.

24

Alinoe

—Hermosa criatura, muero tranquilo, gracias a ti veo mi último instante sin más pesar que el de abandonarte; he cometido grandes crímenes; pero también he sufrido mucho... mas hace tres días que soy feliz; Alinoe, abraza a tu esposo...

Las almas de los dos jóvenes se confundieron en un estrecho y prolongado abrazo.

—Escucha, la vida se me acaba y quiero decirte una cosa; abre esa cajita que ves allí y encontrarás un paquete cerrado; en él está la historia de mis crímenes; cuando regrese el Almirante, ya te he hablado de él, búscale y dáselo sin abrirlo, porque tu sencillo corazón no podría soportar la lectura de unas líneas tan sangrientas; además, acuérdate del Dios de los cristianos, de su madre,... ruega por mí y recibe el agua consagrada...



El joven no pudo proseguir; el estertor de la agonía levantó su pecho y exhalando un leve gemido entregó su alma al Creador.

Alinoe, de rodillas delante de una imagen de María, rezaba oraciones por su esposo, estaba triste, pero serena; no quiso entregarse de lleno a su dolor porque hubiera muerto, y... tenía deberes sagrados que cumplir.

## VI

En todo este tiempo habían sucedido grandes cosas en la isla; Cristóbal Colón, al arribar a ella de España, vio con dolor destruida su primera obra; pero este grande hombre conocía que su misión era difícil y tenía mucho que luchar; así es, que ahogando sus sentimientos, prosiguió el viaje y fundó la ciudad y puerto de Isabela en la desembocadura del río de este nombre, sobre cuyas ruinas existe en nuestros días un pequeño pueblecito; que fue la primera capital de la isla. Ya empezaba a experimentar los disgustos precursores de sus ulteriores desventuras; españoles que regresaban a su patria, para desacreditarle, caciques que se rebelaron, y

otros muchos acontecimientos eran otras tantas heridas para el corazón del anciano Almirante; sin embargo, fiel a su propósito construyó fuertes, batió a los indios en el Macorís y regresó a la Isabela en febrero del año mil cuatrocientos noventa y cinco.

Hallábase un día conversando con su confesor, digno ministro del altar, cuando le anunciaron la llegada de una india que deseaba hablarle; al oír este anuncio el sacerdote quiso retirarse, pero le contuvo el Almirante.

—No os vayáis —le dijo— Vos que poseéis los secretos de mi conciencia, ¿no podréis saber todo lo que puedan decirme? Sentaos y sabed que hombres honrados como vos nunca tienen obstáculo para poseer los secretos de Colón.

—Creí que mi presencia podía por lo menos intimidar a esa joven, y ya veis...

—No lo creáis, padre mío, —dijo la joven entrando y besándole la mano— necesito de vuestra presencia. Saludo al Almirante del Océano.

—Bienvenida seas —dijo el Almirante—; pero creo, bella niña, que te anunciaste como india y tu idioma,... tu traje... es verdad que es innegable tu

origen, pero, ¿quién te ha enseñado nuestro bello idioma que hablas con tanta perfección?

—La desgracia, señor; he venido con mi padre que me espera, a cumplir con la última voluntad de Rodrigo de Escobedo.

—¿De Rodrigo? ¿No ha muerto? ¿Dónde está, di, dónde está este querido doncel?

—En el cielo, señor —exclamó Alinoe por cuyas mejillas se deslizó una lágrima—; tomad, —dijo, entregándole un pliego cerrado.

El Almirante rompió el lema y empezó a leer un cuaderno que contenía; su fisonomía se contraía algunas veces y abría desmesuradamente los ojos como dudando de su vista; al fin, recobró su calma, terminó la lectura y entregó el cuaderno a su confesor.

—Tomad, padre, y admirad la justicia divina.

El sacerdote leyó y al terminar levanto sus manos sobre la cabeza de la joven que cayó de rodillas a sus pies.

—Cristóbal Colón —exclamó con voz inspirada—, Cristóbal Colón, Almirante y capitán general del Nuevo Mundo, admira a esta joven que va a entrar en el seno de nuestra iglesia; ella ha salvado a

Rodrigo de las garras de Satán, ella con su amor le llamó al arrepentimiento...

Esta mujer parece bajada del cielo, para la felicidad presente y futura de esta isla... aunque pasen siglos desde el cielo velará por sus hermanos... —y la voz del sacerdote fue repetida por los ecos de las montañas como un decreto del Eterno.

## VII

Al siguiente día caminaban hacia la estancia de Alineo y acompañándola el Almirante y su confesor, encargado de derramar sobre esta virtuosa familia el agua del bautismo, omitiremos el referir la sagrada ceremonia que terminó por visitar el sepulcro de Rodrigo, hecho cuidadosamente por el viejo indio; oraron fervorosamente por su eterno descanso y al retirarse no pudo menos de notar Colón la serenidad de Alineo, que no había derramado una lágrima y que, por el contrario, estaba alegre.

—¿Qué significa, hija mía, esa alegría en este triste acto?

—Significa, señor, la alegría de la esposa que va a ver a su esposo para no separarse más de él....

\* \* \*

A la mañana siguiente fueron a despertar a la joven después de salir el sol, creyendo que dormía, pero... su alma había volado al lado de su esposo.

Su cuerpo fue enterrado con el del doncel, y una sencilla cruz indicaba el sitio de la sepultura de los dos amantes.

Hace un siglo que cualquiera habitante del valle donde estuvo la casita de Alinoe sabía de su historia, y mostraba su sepulcro a los viajeros; pero las discordias civiles y el tiempo que todo lo borra, han borrado de la tradición estos sucesos, que a no ser por una casualidad agradable no hubieran tampoco llegado a mi noticia.